

---

# Homilía en la Bendición del nuevo templo de la UCA

## Un templo, un altar, un Corazón

18 de marzo de 2015

«Dichosos los que viven en tu casa,  
alabándote siempre». *Salmo 83*

«El motivo que nos reúne hoy en asamblea es la celebración solemne de la dedicación de una casa de oración. Y así, la casa en la que elevamos nuestras oraciones es este edificio material, pero la casa de Dios somos nosotros mismos». Estas son palabras de San Agustín (sermón 336), al bendecir un templo en el norte de África, a comienzos del siglo V.

Los templos, en la tradición cristiana, son figura de la Iglesia, porque en ellos se nos proclama la Palabra de Dios y es el lugar propio de los sacramentos de la salvación. Es donde el pueblo cristiano hace fiesta en honor de Dios y comienza a vivir en el orden de la gracia lo que espera vivir en la gloria.

Quien traspasa la puerta del templo, entra por el mismo Cristo y no sale de este espacio sin recibir el consuelo del perdón que dignifica su condición de hijo de Dios, porque se cumple lo que escuchamos del profeta Isaías: «Les daré en mi Casa y dentro de mis muros un monumento y un nombre más valioso que los hijos y las hijas».

En este espacio generoso, que deseamos bendecir para consagrarlo al Señor, ha sido proclamada por primera vez la Palabra de Dios –palabra llena de sabiduría y verdad–, acerca de Dios y del hombre, y dentro de unos instantes celebraremos sobre el nuevo altar el sacrificio del amor eucarístico; estos dos momentos del rito santo, constituyen la razón primera y fundamental por la que hemos levantado este edificio. En él, queremos escuchar su Palabra salvadora y celebrar los misterios que nos santifican.

En cada templo que dedicamos al culto, los cristianos nos congregamos en torno al altar, confesamos nuestra fe bautismal y nos alimentamos del Pan de Vida. Hay en esto una singular paradoja, porque en realidad el verdadero templo somos nosotros, los que hoy estamos reunidos para su inauguración, porque este templo que nos contiene, estas paredes, con este techo y aún su sobria belleza interior, nos están representando. Es que los templos son imágenes de nosotros mismos, hacen visible en el lenguaje arquitectónico lo que es la Iglesia; y hasta el más humilde de los

---

templos nos recuerda que cada uno de nosotros somos piedras vivas, bien trabadas y unidas por el vínculo del amor fraterno, y Cristo viene a ser la piedra basal sobre la cual se levanta todo el edificio. Y aún más, en cada visita al templo se agita el agua de nuestro bautismo y se nos recuerda que «nosotros somos templos del Dios viviente» (2Cor 6,16). Entramos al templo y su fuerza significativa nos recuerda que somos templos vivos del Espíritu Santo (cfr. 1Cor 6,19). Aquí también se cumple la sentencia del profeta: «Los colmaré de alegría en mi Casa de oración y será llamada Casa de Oración para todos los pueblos».

El templo es un lugar privilegiado del encuentro de Dios con su pueblo peregrino. Él, que no hace acepción de personas, escucha la oración del justo como la del pecador arrepentido, porque no deja de bendecir a quien se acerca con corazón contrito y espíritu humilde.

El espacio sagrado y el silencio invitan a la intimidad divina, a la oración serena, a la acción de gracias, a las lágrimas sinceras de la conversión y a la más profunda de las alegrías: el de saberse amado por nuestro Padre del Cielo.

Jesús llamó al templo «la Casa de mi Padre». Ha de ser por ello que los templos cristianos tienen algo de la casa paterna, donde el hijo pródigo siempre es bien recibido. La Iglesia –que tiene sentimientos maternos–, en el domingo –que es la pascua semanal–, prepara la mesa del altar y espera paciente que sus hijos vengan a celebrar al Dios de la vida. En el templo, también encontramos el regazo de ternura de la Virgen Madre para quienes la invocan, y el auxilio de nuestros amigos que viven en la comunión de los Santos.

Las palabras de Jesús en el Evangelio de San Juan: «El que tenga sed, venga a mí; y beba el que cree en mí», son el eco de numerosos textos proféticos y sapienciales, pero sobre todo se ilumina cuando Él mismo dice: «El agua que yo les daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la Vida eterna» (Jn 4,14). El Señor, que había anunciado que su cuerpo glorificado iba a ser el nuevo templo de los tiempos venideros (cfr. Jn 2,21), ahora se identifica con la fuente de agua vivificante que brotará de él. Es el mismo Evangelista quien explica que las palabras de Jesús se refieren al Espíritu Santo que todavía no había sido donado a los hombres; recién lo iba a donar después de su glorificación. Así lo expresa a sus discípulos: «Les conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a ustedes. Pero si me voy, se los enviaré (Jn 16,7). El Espíritu Don deberá brotar del cuerpo de Jesucristo, y eso acontece cuando ya muerto en la Cruz, «uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza, y en seguida brotó sangre y agua» (Jn 19,30). Jesús se convierte así en un manantial de agua viva. Es el agua desbordante que brota del templo de su cuerpo, como un «torrente desbordante de la Sabiduría» (Prov 18,4).

---

---

En este templo domina el corazón traspasado del Maestro. La imagen que muestra su corazón con los estigmas de su pasión, atraen nuestros sentidos con sentimientos de piedad. Es el Sagrado Corazón de Jesús, protector de este templo y amigo incondicional de quienes confían en Él.

En el lenguaje bíblico, el «corazón» indica el centro de la persona, la sede de sus más nobles sentimientos y fuente de sus intenciones. En el corazón del Redentor, adoramos al amor de Dios por la humanidad, su voluntad de salvación para todos los hombres, su infinita misericordia. El culto al Sagrado Corazón de Cristo significa, por tanto, adorar a ese Corazón que, después de habernos amado hasta el «extremo», fue traspasado por nuestros pecados y desde lo alto de la Cruz derramó sangre y agua, manantial inagotable de la vida divina.

Todos los que se acerquen a Él están invitados a un diálogo de corazón a corazón, y nadie se quedará con las manos vacías, porque dice el profeta Isaías «que sacarán aguas con alegría de la fuente de la salvación» (12,3). Nadie mejor que Jesús para comprendernos, pues Él «nos amó con un corazón de hombre» (Pío XII, *Haurietis aquas*).

Al bendecir este templo, expreso un anhelo: que las personas que entren por esa puerta, los docentes, universitarios, jóvenes de paso, se sientan como en su casa y así tengan la oportunidad de un feliz encuentro personal con Jesús. Que todos los que deseen pasar gusten de la fuente de la misericordia divina. Confíen y «descarguen en él todas sus inquietudes, ya que él se ocupa de ustedes» (1Pe 5,7).

Estoy seguro que después de ese encuentro con el Señor, su amistad les dará una nueva orientación a sus vidas y se convertirán en discípulos misioneros de su causa, porque «la Misión es el amor que no podemos callar», dice el Papa Francisco.

Demos gracias por esta Casa de oración, que ya se constituye en el centro espiritual de la Universidad Católica. Gracias por el altar donde los cristianos ofrecemos nuestras pobres oraciones y sacrificios, con la esperanza de alcanzar misericordia del Dios compasivo y clemente. Gracias por el Corazón de Jesús que nos sigue diciendo con su persuasiva atracción: «El que tenga sed, venga a mí y beba el que cree en mí».

✠ Mario Aurelio Cardenal Poli